

OK

plaza pública para la edición del 17 de junio de 1992  
% Violencia callejera  
% Racismo primitivo y turbio  
miguel ángel granados chapa

Guillermo Gazal fue perseguido por una turba (la semana pasada, en la calle de Tacuba), que le arrojaba jitomates y otros proyectiles blandos. Sus agresores lo denostaban, además, gritándole judío como si fuera un insulto. Gazal no es judío, pero da lo mismo: no debe ser soslayada la aparición de un germen de racismo primitivo y turbio. Si, permitimos, además, que esa malsana pasión se introduzca en un fenómeno urbano tan importante como es el comercio callejero, el abordamiento del problema se adultera y se complica aun más.

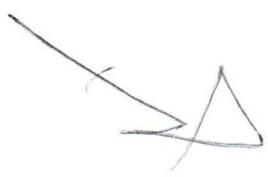
Gazal preside el grupo llamado Procéntrico, que reúne a comerciantes del Centro Histórico de la Ciudad de México, uno de los puntos donde la concentración de comercio ambulante y semifijo es mayor. Es permanente, y creciente, la tensión entre el comercio establecido y el ambulante, por razones comprensibles, si bien no es infrecuente hallar que vendedores ambulantes a las afueras de un establecimiento son en realidad empleados de éste.

~~surge~~  
surge

Como a todo el mundo le resulta obvio, el problema del comercio callejero no es de fácil resolución. Obedece principalmente a causas económicas, pues el comercio informal es recurso de desempleados o de personal insuficientemente retribuido. Pero a ese origen central se añaden condiciones que incrementan su dimensión y su complejidad. Ejércitos cada vez más numerosos pueblan las calles y lugares de concentración. Rinden un servicio a la comunidad, sin duda (de otro modo no sobrevivirían), y satisfacen sus exigencias más apremiantes, pero perturban también a la economía formal, a la circulación de autos y transeuntes, propician actos delictuosos, generan riesgos de desastres (los tanques de gas de los tenderetes donde se vende comida, por ejemplo), etcétera.

No es posible retirar por la fuerza al ambulante. Expulsar a garrotazos a los comerciantes callejeros, aparte la barbarie política que implica, sería una medida ineficaz, pues la marea de la economía informal es incontenible, y los desalojados hoy volverán mañana, apenas cese o disminuya la vigilancia, que no puede ser rigurosa y permanente a riesgo de que se militarice la vida urbana. Los remedios tienen que ser económicos y políticos. Pero quedan obstruidos por la corrupción y el clientelismo. La primera impide que los grandes proveedores de mercancía al comercio informal al menudeo sean localizados y penados, pues de seguro evaden al fisco. La corrupción en menor escala hace que los vigilantes (gendarmes, inspectores de vía pública, oficinistas)

laberinto breves y serenos



— 2 —

disimulen y las zonas prohibidas se trasmuten en áreas permitidas.

El clientelismo político pone a las autoridades de la ciudad en un grave predicamento. Los grupos más importantes de vendedores callejeros, o los más conocidos al menos, pertenecen al PRI. En la lucha por los votos, o por la presencia pública de los partidos, sus aportaciones son necesarias. Y debido a la confusión del gobierno y su partido, en último término son lo mismo los funcionarios que deben cumplir los ordenamientos urbanos y los políticos que piden favores a los ambulantes. ¿Cómo desplazarlos, reducirlos a zonas controladas y luego pedirles que rodeen a un candidato a senador que debe recuperar ese cargo?

Fiel a su plausible convicción de emplear no la fuerza sino la concertación, el gobierno de la ciudad ha buscado acuerdos con los comerciantes callejeros, pero las complicaciones anteriormente señaladas hacen que tales acuerdos sean puramente virtuales, efímeros en el mejor de los casos. De allí que los comerciantes establecidos resolvieran presionar a las autoridades capitalinas para acelerar la resolución del problema. Programaron el cierre escalonado de sus establecimientos. Y cuando el martes de la semana pasada Gazal recorría la calle de Tacuba para verificar el grado de cumplimiento de un acuerdo, fue asaltado y perseguido.

El episodio puede ser un hecho aislado, único. Pero puede también enseñar los extremos a que puede derivar el espinoso problema. Si se cae en el descontrol callejero, si las partes dirimen mediante sus propios recursos su conflicto, nadie resultará ganancioso.

—

---

---

---

---

# PLAZA PUBLICA

Miguel Angel Granados Chapa

Violencia callejera

Racismo primitivo y turbio

**G**uillermo Gazal fue perseguido por una turba (la semana pasada, en la calle de Tacuba), que le arrojaba jitomates y otros proyectiles blandos. Sus agresores lo denostaban, además, gritándole judío como si fuera un insulto. Gazal no es judío, pero da lo mismo: no debe ser soslayada la aparición de un germen de racismo primitivo y

turbio. Si permitimos, además, que esa malsana pasión se introduzca en un fenómeno urbano tan importante como es el comercio callejero, el abordamiento del problema se adultera y se complica aún más.

Gazal preside el grupo llamado Pro-céntrico, que reúne a comerciantes del Centro Histórico de la ciudad de México, uno de los puntos en que la concentración de comercio ambulante y semifijo es mayor. Permanente, y creciente, la tensión entre el comercio establecido y el ambulante surge por razones comprensibles, si bien no es infrecuente hallar que vendedores ambulantes a las afueras de un establecimiento son en realidad empleados de éste.

Como a todo el mundo le resulta obvio, el problema del comercio callejero no es de fácil resolución. Obedece principalmente a causas económicas, pues el comercio informal es recurso de desem-

pleados o de personal insuficientemente retribuido. Pero a ese origen central se añaden condiciones que incrementan su dimensión y su complejidad. Ejércitos cada vez más numerosos pueblan las calles y lugares de concentración. Rinden un servicio a la comunidad, sin duda abaratando bienes y servicios (de otro modo no sobrevivirían), y satisfacen sus exigencias más apremiantes, pero perturban también a la economía formal, a la circulación de autos y transeúntes, propician actos delictuosos, generan riesgo de desastres (los tanques de gas de los tenderetes en que se vende comida, por ejemplo), etcétera.

No es posible retirar por la fuerza al ambulante. Expulsar a garrotazos a los comerciantes callejeros, aparte la barbarie política que implica, sería una medida ineficaz, pues la marea de la economía informal es incontenible, y los desalojados hoy volverán mañana, apenas cese o disminuya la vigilancia, que no puede ser rigurosa y permanente a riesgo de que se

militarice la vida urbana. Los remedios tienen que ser económicos y políticos. Pero quedan obstruidos por la corrupción y el clientelismo. La primera impide que los grandes proveedores de mercancía al comercio informal al menudeo sean localizados y penados, pues de seguro evaden al fisco. La corrupción en menor escala hace que los vigilantes (gendarmes, inspectores de vía pública, oficinistas) disimulen y las zonas prohibidas se trasmuten en áreas permitidas.

El clientelismo político pone a las autoridades de la ciudad en un grave predicamento. Los grupos más importantes de vendedores callejeros, o los más conocidos al menos, pertenecen al PRI. En la lucha por los votos, o por la presencia pública de los partidos, sus aportaciones son necesarias. Y debido a la confusión del gobierno y su partido, en último término son lo mismo los funcionarios que deben cumplir los ordenamientos urbanos y los políticos que piden favores a los ambulantes. ¿Cómo desplazarlos, redu-

cirlos a zonas controladas y luego pedirles que rodeen a un candidato a senador que debe recuperar ese cargo?

Fiel a su plausible convicción de emplear no la fuerza sino la concertación, el gobierno de la ciudad ha buscado acuerdos con los comerciantes callejeros, pero las complicaciones anteriormente señaladas hacen que tales acuerdos sean puramente virtuales, efímeros en el mejor de los casos. De allí que los comerciantes establecidos resolvieran presionar a las autoridades capitalinas para acelerar la resolución del problema. Programaron el cierre escalonado de sus establecimientos. Y cuando el martes de la semana pasada Gazal recorría la calle de Tacuba para verificar el grado de cumplimiento de un acuerdo, fue asaltado y perseguido.

El episodio puede ser un hecho aislado, único. Pero puede también enseñar los extremos en que puede derivar el espinoso problema. Si se cae en el descontrol callejero, si las partes dirimen mediante sus propios recursos su conflicto, nadie resultará ganancioso.